

144. JAIME NUBIOLA: *LEONARDO POLO EN MI RECUERDO*

Conocí al profesor Polo en diciembre de 1978 cuando me incorporé a la Universidad de Navarra como Secretario General. Estuve doce años dedicado casi por completo a esa tarea, mientras que en los fines de semana y las vacaciones hacía mi tesis doctoral bajo la dirección de mi maestro Alejandro Llano.

En estos años solía acudir a los seminarios de profesores del Departamento de Filosofía, que –me parece recordar– tenían lugar los viernes a las 4 de la tarde en el aula 15 del Edificio Central. La imagen de Polo en mi recuerdo en aquellos seminarios era la de alguien a quien se le invitaba a hablar al final, una vez terminada la exposición inicial y las preguntas de los asistentes. Lo hacía lentamente, como sacando penosamente su pensamiento de muy dentro, pero siempre con brillantez y originalidad. A mí me cautivaba verle pensar en voz alta mientras con la palma de la mano derecha se acariciaba suavemente la calva y con la izquierda asía el cigarrillo que chupaba con fuerza. Estaba convencido de que Polo no enseñaba filosofía, sino que verdaderamente la hacía.

Cuando en el curso 1991-92 me incorporé a tiempo completo al Departamento de Filosofía fuimos colegas durante algunos años. Solía acudir a mí para cuestiones prácticas, desde pedirme un bolígrafo porque el suyo se había terminado o localizar una referencia bibliográfica que se le escapaba, y yo iba a visitarle a su despacho con alguna frecuencia para pedirle consejo. Su apoyo y orientación fue decisivo para mí en todos estos años. Por ejemplo, fue Leonardo Polo quien me sugirió centrar la atención en la figura y el pensamiento de Charles S. Peirce (1839-1914), pues yo “era muy pragmático” solía decir. De hecho este consejo suyo fue decisivo, pues en el verano de 1992 marché a Harvard y allí decidí centrar mi atención a partir de entonces en este científico, lógico y filósofo norteamericano que ahora está de moda, pero que hace treinta años no era más que una oscura referencia en los libros de historia de la filosofía.

Recuerdo que solía juntarme con el profesor Polo cada año por Navidades para hacer un balance de cómo había sido el año que terminaba y pergeñar proyectos para el siguiente. Eran conversaciones tranquilas de dos o tres horas hablando realmente de todo lo divino y lo humano. Recuerdo bien que, cuando en el año 1995 le hablé de algunas dificultades

por las que había pasado, me respondió con expresión castiza que echara en saco roto esas preocupaciones –esto es, que no les prestara atención– y que simplemente lo que tenía que hacer era trabajar más, estudiar más. Me encantó aquel consejo y procuré seguirlo.

Me impresionó mucho su filial devoción a san Josemaría a quien Polo había conocido en su juventud. De tarde en tarde recordaba con ‘orgullo’ una ocasión en Roma en la que san Josemaría le había dicho “Leonardo, tú eres mi filósofo”. De hecho, para mí las lecciones más cautivadoras de Polo eran las charlas que a veces tuve ocasión de escucharle sobre aspectos diversos del espíritu del Opus Dei. Tengo grabada en la memoria, por ejemplo, una maravillosa charla sobre unidad de vida en la que invitaba precisamente a cultivar la personalidad y a poner todo lo personal al servicio de lo común. Me parece que Polo era mucho más interesante cuando hablaba de temas vitales que cuando se enredaba en esas sofisticadas cuestiones de los axiomas y el límite mental. Recuerdo ahora una fantástica charla a los miembros de la Asociación de Amigos de la Universidad con el lema de un anuncio de publicidad de un detergente entonces muy conocido: “Un poco de pasta basta”. Siempre he pensado que ésta es la marca característica del trabajo filosófico bien hecho: es capaz de iluminar desde un ángulo nuevo una realidad cotidiana y sacarle brillo de forma tal que el auditorio se siente gozoso por haber aprendido algo nuevo.

Leonardo Polo era un filósofo vocacional; su reflexión filosófica se nutría de la historia de la filosofía y de su experiencia vital cristiana. Trataba de articular unitariamente lo mejor de la tradición cristiana con el pensamiento moderno. “Es la verdad –escribe en *Quién es el hombre*– la que encarga la tarea; y el *nous* se pone en marcha con el encargo de articular el vivir de acuerdo con la verdad”. La verdad hace posible –añadía Polo– que la libertad sea intensa; la verdad encarga la tarea más importante: la de vivir. Me parece que cuando un filósofo como Leonardo Polo descubre que es precisamente a través de su trabajo profesional como puede y debe ser santo, la filosofía deja de ser una cuestión de tediosa erudición y se convierte en una tarea que compromete por entero la cabeza y el corazón; se asemeja más a una audaz aventura personal en busca de la verdad –en busca de esa síntesis personal con arreglo a la cual sea posible vivir– que a una repetición escolástica de abstrusas teorías que para nada inciden en la propia vida ni mucho menos en la de los demás.

Quiero añadir otras dos cosas. En una de nuestras últimas conversaciones me dijo: “Cuida de las Universidades americanas”. Con esto se refería a que cuidara –como él había hecho con una dedicación ejemplar– a las Universidades que en Perú, México, Colombia, Argentina, Chile y tantos otros países de América Latina han nacido en las últimas décadas inspiradas en la Universidad de Navarra. He procurado hacerlo, diciendo siempre que sí a las invitaciones o peticiones recibidas.

Querría añadir una segunda cosa a modo de conclusión. Lo que más impacto ha tenido en mi vida ha sido la humilde actitud de Polo que puede encerrarse en cuatro palabras decisivas: “siempre puede pensarse más”. No sé si esta expresión tiene su origen en la polémica anselmiana con el monje Gaunilón a propósito de la existencia de un ser mayor que el cual no pueda pensarse ningún otro, pero para mí esa frase puede cifrar la vida filosófica de Leonardo Polo.

Jaime Nubiola
Catedrático de Filosofía
Profesor de Filosofía
Departamento de Filosofía
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Navarra –ESPAÑA–
jnubiola@unav.es